

PEQUEÑOS RELATOS INVENTADOS (1)

# LAS SOMBRAS DE LA MATERNIDAD

---



*Cuando la incapacidad para escucharnos a nosotros mismos nos encadena y nos quita la vida...*

---

---

Se sentía sola. Igual que toda su vida. A pesar de que estaba todo el día con su hijo. Necesitaba algo pero no sabía el qué. Hacía años que no lo sabía. Se sentaba junto a su hijo a jugar pero no quería jugar a lo que él le pedía. Sin embargo, tampoco sabía qué quería hacer. Nunca tenía nada que hacer.

Durante muchos años vivió totalmente ajena a sus necesidades, desconectada de sí misma. Pero no importaba. Su refugio, su casa, la guarecían de “tener que ser” alguien en cada momento (siempre alguien diferente a ella misma) a la vez que ocultaban su evidente desconexión. Pero su escondite había dejado de serlo porque, ahora, estaba habitado por la más bella y pura manifestación de vida, su hijo. Un continuo torrente de luz, alegría y movimiento que demandaba la misma respuesta a su madre. Pero ella no podía darle lo que él le pedía, o podía en parte. Porque aunque no ocurría igual que con el resto de personas, su maldito personaje la obligaba a “tener que ser” casi continuamente alguien también con su hijo.

Es cierto que, de manera muy lejana, ella sentía la conexión que les unía. Desde ahí, aprovechaba para escuchar cada una de sus propias palabras y acciones y descartarlas si eran fingidas. Quería, por encima de todas las cosas, ser más que nunca ella misma ante su hijo.

Sin embargo, el desgaste constante que le suponía luchar contra la voz que no le dejaba ser ella misma, junto con la continua demanda (natural) de su hijo, la agotaba. Tanto que acababa creyendo al resto de voces que le indicaban que no deseaba estar con su hijo, que deseaba estar sola, en casa, en su refugio, como siempre. En esos momentos, lo que hasta hacía poco tiempo eran bendiciones de su hijo, pasaban a convertirse en molestias para

---

ella. Todo, de repente, se volvía imposible y el “NO” se convertía (como ella nunca había podido entender al verlo en otras madres) en la palabra que dirigía la mayor parte de sus interacciones.

Cuando conseguía volver un poco a su centro (porque ahora, después de 40 años, había empezado a poder hacerlo), se sentía segura de ella misma y de su maternidad. Reconocía muy dentro de ella el amor puro que sentía por su hijo. Sabía que nada de lo que esas oscuras voces le decían era cierto y sentía como una cárcel lo que había sido para ella su refugio durante tantos años. Ya no quería esconderse más. En esos momentos era consciente de que nada de lo que ocurría en esos momentos difíciles le era propio. Que era capaz de amar a su hijo y darle todo lo que necesitaba, por ella misma o pidiendo ayuda.

¿Cómo podría conseguir vencer esas voces y escuchar la suya propia para poder SER ella misma con su hijo y, simplemente, vivir?

Quizás solo se trataba de eso, de parar a escucharse. Su cuerpo, su gran aliado sin apenas ella saberlo, le iría indicando sutilmente cuando hablaba ella misma y cuando le susurraban aquellas oscuras voces. Su estómago prieto, su cabeza a punto de estallar... serían señales inequívocas de que debía abandonar rápidamente aquello que estaba haciendo.

Tendría que pedir ayuda. Tendría que pasar tiempo sin su hijo. Tendría que buscar momentos para ella misma, para cuidarse, no para esconderse. Así, podría empezar a recuperar el gusto por la vida, podría por fin reconocerse, podría disfrutar de su maternidad, con su hijo.